LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. NUM. 29.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs,—Seis meses 7 ps, fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Delantales para niñas.—Corpiño montante.—Cuello bordado á punto ruso.—Manguito correspondiente al cuello.—Trage Giletta.—Manguito trígono.—Manguito que corresponde al cuello de lienzo. — Saco de viaje para señora.—Cuello con guarnicion rizada.—Cuello de lienzo.—Trage para niña.—Paletot Luis XIII.—Corpiño con ciuturon.—El amor segun los locos.—El corredor de playa.—César de Vermont.—Revista de Cádiz.—Figurin.

Delantales de jardin para niños.

Estos delantales se hacen de tela gruesa, como piqué, cutí, etc. —Para las niñas, pueden modificarse segun los gustos, y ejecutarse de indiana ó percal. En este último caso se guarnecerán delantal y peto con una tira muy estrecha festoneada ó bordada.

Delantal para niño de 6 á 8 años. —Las faltriqueras se ribetean con trenza de lana encarnada (empleada tambien para bordar el delantal), y se adornan con un botoncillo. Los tirantes tienen 2 centímetros y medio de ancho por 40 de largo, y se hacen de la misma tela que el delantal, al que se sujetan por medio de un boton.

Delantal para niña de 5 á 7 años. —El delantal y el peto se cortan separados, y luego se une por medio de una roseta de trenza de lana. Los tirantes (ó correas), cuyo largo ha de ser proporcionado al tamaño de la niña, se cortan de tela igual á la del delantal, ó se hacen de trenza de lana. Sujétase al delantal por un boton y una presilla de cinta elástica, como se marca en el dibujo.

DELANTALES DE JARDIN PARA NIÑOS.

Corpiño montante.

El corpiño tiene la forma conocida y generalmente adoptada. En el borde inferior del puño de la manga se cose un rizado de 4 centímetros de alto, cuyos pliegues tienen 2 centímetros de ancho, y encima va un guipur (ó galon) puesto plano, el cual se repite sobre la costura que une el puño á la manga. El jokey se guarnece del mismo modo.

Esta manga puede hacerse de cualquier tela de seda ó de lana.

Cuellos y manguito con bordado á punto ruso.

Cuello n. 1.—Nuestros dibujos representan una de las esquinas de estos cuellos (en tamaño natural) bordados con seda fina negra, ó bien con algodon blanco, á punto ruso. — Dada la forma al cuello, se ejecuta el dibujo, haciendo un solo punto largo para cada una de las rayitas, las cuales

© Biblioteca Nacional de España

N.º 1.—CUELLO BORDADO Á PUNTO RUSO.

van separadas, para indicar el principio y el fin de cada punto. La orla debe continuarse á todo lo largo del cuello. Cuando se ha terminado el bordado, se cosen juntos forro y tela por sus bordes exteriores; luego se vuelve el cuello lo de dentro afuera, á fin de que las costuras queden por dentro.

El cuello n.º 2 es semejante á este, y solo se diferencia en el dibujo.

Trage Giletta.

Este traje podrá servir para equipo de viage, de interior de casa, ó para salir de mañana. Su forma dispensa de ningun sobretodo, y por tanto es muy propio de verano. El corpiño figura un chaleco con faldetas, y una casaquilla, cuyos delanteros van unidos á los del chaleco.

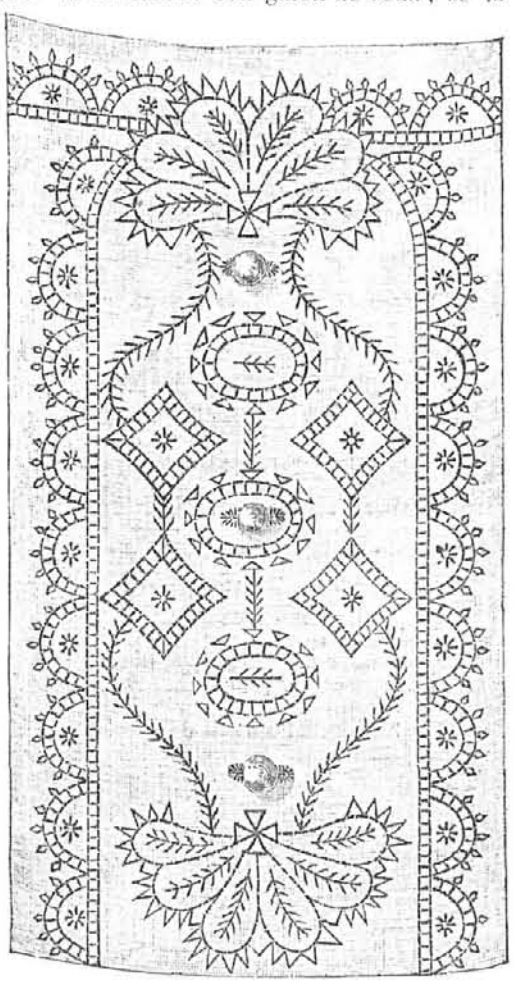
Nuestro modelo es de alpaca gris claro, y se guarnece con un fleco del mismo color, cosido á una tira al sesgo de 3 centímetros y medio de ancho de la misma tela que el trage, ribeteada con tafetan violeta. Los botones son grises con adornos violetas. La enagua, que se arma por separado sobre una pretina, lleva una guarnicion, que reproducimos á mitad del tamaño natural. Se hace un pliegue por delante y se ponen botones para figurar un trage abierto.

El volante que guarnece la enagua lleva pliegues alternativamente sencillos y dobles, separados por espacios lisos. Para guarnecer un espacio de 1 metro, se emplearán 2 metros y 10 centímetros de volante.

Saco de viaje para señora.

MATERIALES.—2 metros y 30 centímetros de tela de lana que tenga 70 de ancho; la misma cantidad de percalina; 2 metros y 10 centímetros de fleco de seda; 2 argollas de asta ó de metal que tengan 5 centímetros de diámetro; 5 madejas de torzal de seda; cordon de seda; botones pequeños de nácar.

Este saco, de forma nueva, semeja un bolsillo grande, y es muy cómodo de llevar, porque se echa sobre el brazo á modo de chal. Nuestro modelo se hace de reps de lana, de color violeta; se compone de dos partes iguales; la una se borda por el derecho y la otra por el revés, de modo que las dos caras bordadas queden visibles cuando el saco se lleva sobre el brazo. Este bordado, hecho con seda blanca, puede hacerse con cualquiera otra seda. En el medio de una de las caras del saco se practica una abertura que tiene la tercera parte del largo de aquel, y que despues de ribeteada con galon de seda, se la

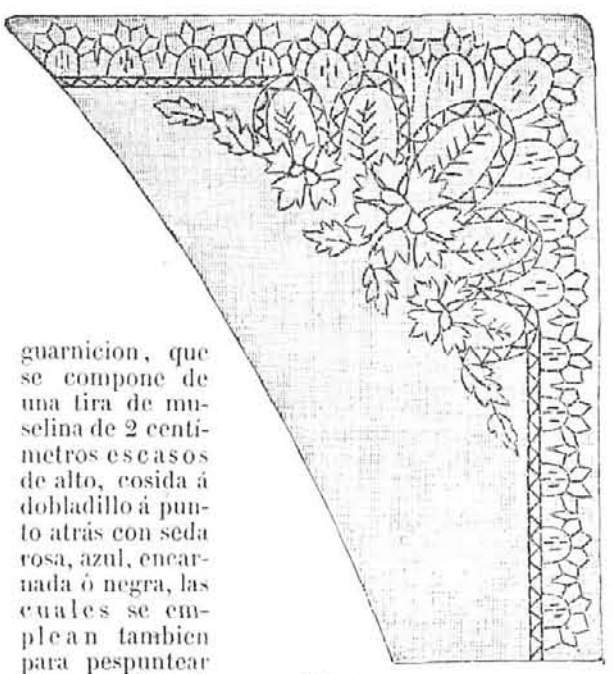


MANGA QUE ACOMPAÑA AL CUELLO N.º 1.

cierra con botones de nácar y sus correspondientes ojales. El forro se cose á la tela, y se pueden añadir por dentro, en cada extremo, dos faltriqueras. Un fleco de 6 centímetros de largo, del color del bordado, va puesto al rededor del saco; este puede bordarse con trencilla en vez de hacerse al pasado.

Cuello con guarnicion rizada.

Su forma es semejante á la del que explicamos mas arriba (punto ruso). Se diferencia solo en la



N.º 2.—CUELLO BORDADO AL PUNTO RUSO.

guarnicion, que se compone de una tira de muselina de 2 centímetros escasos de alto, cosida á dobladillo á punto atrás con seda rosa, azul, encarnada ó negra, las cuales se emplean tambien para pespuntear el cuello. Esta tira rizada debe tener un largo doble del del contorno del cuello, formando así un adorno muy agradable á la vista.

Cuello de lienzo.

Despues de cortadas las dos caras del cuello, y despues de cosidas y vueltas al derecho, se corta otro pedazo mas pequeño, como si fuese un doble cuello, y sobre ámbos se hace un pespunte todo al rededor, de modo que queden unidos. Las puntas ó esquinas se redoblan por delante, de modo que siempre se vea el pespunte. Este cuello se pega á una camiseta.

Manga interior correspondiente al cuello de lienzo.

Lo mismo que para el cuello, hay aquí que cortar tambien el manguito doble, y luego otro mas pequeño. Despues de cosidas las dos telas del primero, se hacen las costuras pespunteadas á medio centímetro de distancia del contorno exterior. Se hacen los ojales y se ponen los botones. El borde superior de la manga lleva un dobladillo.

Manga interior con manguito trigono.

Solo se diferencia en la forma del manguito. Cortadas las dos partes que lo componen se las cose juntas, y luego el manguito se pespuntea dos ó tres veces á distancias iguales, colocando un cordon redondo fino entre cada costura pespunteada.

Trage para niña de 3 á 4 años.

Nuestro modelo se hace de tela de capricho gris,

VOLANTE QUE GUARNECE LA ENAGUA DEL TRAGE GILETTA (TAMAÑO REDUCIDO).

© Biblioteca Nacional de España

con rayas muy finas, y de cachemira grosella. Esta última tela (á la cual puede sustituirse el *tafetan*) se emplea para el delantal de la enagua, para el peto del corpiño, para las mangas cortas, los vivos, los rizados y las rosetas. Cinta de terciopelo negro estrecho completa los adornos.

La enagua, enteramente forrada de gasa fuerte, tiene 36 centímetros de largo por dos metros de ancho, sin contar las costuras. Esta enagua, plegada á pliegues gruesos, armados en una pretina por delante en forma de túnica, cuyas esquinas inferiores se redondean sobre el delantal grosella, que tiene 30 centímetros de ancho entre dichas esquinas, y 15 en su borde superior; se corta al sesgo en sus lados largos. La abertura de la enagua se halla á la izquierda, debajo de uno de los pliegues.

La guarnicion de la enagua se compone de dos cintas estrechas de terciopelo negro, de un vivo grosella, que rodea la túnica, y de un rizado grosella de centímetro y medio de alto. El medio del delantal se adorna con tres rosetas; se las *hace con una tira grosella de 3 centímetros* de alto, ribeteada de terciopelo negro, fruncida, y fijada sobre un pedazo redondo de tul fuerte. La *mas ancha de estas rosetas* tiene 7 centímetros de diámetro; las otras son algo mas pequeñas, y en su centro se pone un boton forrado *de terciopelo negro*. En el borde inferior del delantal van tres cintas de terciopelo negro, un vivo y un rizado.

El corpiño imita una chaqueta con faldillas; se forra enteramente de percalina; se cierra al lado izquierdo del peto por medio de corchetes.

CORPIÑO MONTANTE.

Paletot Luis XIII.

Puede hacerse de cualquier tela, y conviene á toda edad; se le hará de tafetan negro ó de color; de tela igual á la del trage, es decir, alpaca, fulard, popelina, pelo de cabra, etc. Se puede, si se quiere, suprimir las tiras de tafetan negro que guarnecen el paletot por delante.

La guarnicion de los delanteros se coloca sobre un pedazo de tela separada, forrada de gasa, y orlada por una tira estrecha de tafetan, para figurar una solapa. Las tiras trasversales, cortadas de tafetan, tienen 2 centímetros y medio de alto por arriba, enseñándose un poco al adelantarse hácia el borde inferior, donde tienen 4 centímetros. Estas tiras pueden sustituirse con cintas de terciopelo ó entredoses de encage si el paletot fuese de tafetan. El espacio que las separa es de 3 á 6 centímetros. Una guarnicion semejante, en forma de pirámide, va colocada en el medio de la espalda, partiendo del borde inferior. Estas últimas tiras tienen todas igual altura.

Corpiño con cinturon.

Se hace de cachemira ó alpaca, ó fulard blanco, azul ó rosa, para acompañar todas las enaguas, ó de género fino blanco, ó en fin de la misma tela del trage. El bordado es *á punto de cadeneta con* seda blanca sobre cachemira azul, con seda negra ó color castaño sobre cachemira blanca.

Si los botones son solamente figurados, esto es, si el corpiño se cierra *con corchetes, se les pondrá* en el delantero de la derecha; si realmente aquellos sirven para abotonar, se coserán en el delantero de la izquierda, y en *el opuesto se harán los ojales.*

EL AMOR

SEGUN LOS LOCOS.

I.

Costumbre antigua es en ciertos establecimientos de España, que los locos celebren *una fiesta á su modo el dia de* Inocentes.

¿Será porque se habrán encontrado relaciones entre la inocencia y la locura, ó tal vez porque los inocentes son los únicos que se vuelven locos?

Admitiendo el último extremo, vendriamos á deducir que la locura es un exceso de inocencia; y como el amor es lo que conduce con mas rapidez á un sin número de inocentadas de *á folio* (como dicen con cierta sonrisa de conviccion *los espíritus fuertes* de nuestra época) la locura que mas debiera abundar en el mundo seria indudablemente la de amor.

Póngome á meditar sobre esta conclusion, y veo con sorpresa que la práctica confirma el resultado de mi teoría. Y digo con sorpresa, porque la teoría y la práctica, en vez de hermanas son regularmente hermanastras.

Esto debe consistir en que no proceden de una misma madre.

La teoría es hija de la razon humana.

La práctica lo es de la razon providencial.

No me objeteis diciendo, que entonces la hija del hombre seria mas bella que la de Dios.

Las sendas mas quebradas conducen regularmente á valles mas apacibles.

Pero dejando por ahora quebradas sendas, vuélvome sin preámbulos al punto de partida, del cual me habia desviado, siguiendo la enojosa costumbre de filosofar sobre todo, sin profundizar en nada.

—¿Me permitireis que aquí en confianza os revele un secreto?

No sabria ilacionar lo dicho con lo que he de deciros, si no empezara un nuevo capítulo.

—Esto es muy cómodo para el escritor, porque un número negro, puesto en campo blanco, le ahorra una porcion de *frases y pensamientos conjuntivos.*

Lo es tambien para los lectores, porque un escrito dividido en *cortos capítulos parece que cuesta menos* de leer.

Y en fin, aunque un artículo sea malo, si se le siembra de cifras *romanas, no sé porqué, pero si no bueno*, se consigue al menos hacerle bonito.

II.

Entrome (y si quereis, seguidme) en una casa de enagenados.

Es el dia de la fiesta, y el crepúsculo de la tarde al despedirse del horizonte, parece llevarse tras si el bullicio y la algazara que reinaban en aquel recinto, parodia perpétua de las pasiones, vicios y debilidades humanas.

Sin embargo, el placer (si placer puede anidarse en seres tan desgraciados) no ha tocado aun su término: falta algo para concluir la fiesta.

El tañido de la campana llama á la mesa á los dementes que conservan algo del ser racional, y que el mundo apellida inofensivos.

Algunos aposentos se hallan preparados é iluminados para el banquete.

Por un capricho del director del establecimiento, se ha destinado una pieza para los de cada monomanía.

Voy rápidamente atravesando salas, y veo á los fátuos sentados á la mesa con cierto aire de reyes de melodrama; los mononanos avaros en lugar de comer restan y suman; los religiosos rezan; los políticos hablan; los filósofos callan.

Descubro á los amorosos, y me oculto en un rincon para observarlos á mis anchas.

¿Quién no contará una época de su vida en la que no haya tenido derecho á ocupar un asiento en aquella estancia?

El *concurso* es numeroso, se encuentran al final de la comida; la confusion crece, pero el oido al analizarla, escucha frases entrecortadas, periodos armoniosos, y sobre todo versos.

Las palabras que menudean son los *ayes*, el *fuego* —del *alma*, la *herida*—del *corazon*, la *lucha*—de la *vida*, el *dardo*, el *escudo*, etc.

Si los juzgáramos por su lenguaje, los creeríamos *guerreros contemporáneos de Troya.*

Un comensal, de carnes enjutas y rasgados ojos, se levanta de su silla y dice con voz nerviosa:

—Silencio!.. un momento... Va á ponerse á discusion *la causa que nos tiene aquí reunidos. Indaguemos*... la naturaleza del amor. ¿Sabeis qué es amor?

Varias voces:

—Una pasion...

—Un deseo...

—Un sentimiento...

—Una emanacion de...

—Una virtud...

—No nos pondremos de acuerdo en su definicion. Tratemos el asunto bajo un aspecto práctico é individual. ¿Quién entre vosotros ha sido verdaderamente amado?

Todos á la vez:

—Yo.

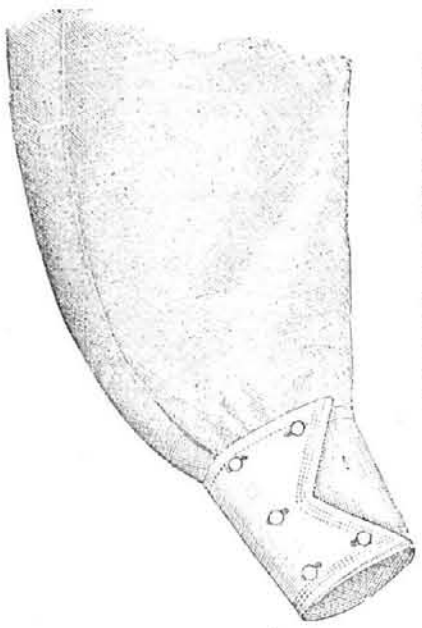
—La cuestion va tomando proporciones! Para entendernos es preciso

TRAGE GILETTA.

© Biblioteca Nacional de España

que cada uno cuente la historia de sus amores, pero ¡por Dios! concisamente; los demás podrán objetarle; despues pondráse á votacion si ha sido verdaderamente amado el orador, y si el general parecer le es contrario, él y todos los que hayan sido amados de igual manera, se retirarán de la mesa, y se pondrán al otro lado de la sala. Desde allí podrán redargüir á los oradores que les sigan.

—Aprobado!



MANGUITO TRÍGONO.

—Bien!

—Espero que el órden reinará en la discusion, y así como los que se dicen cuerdos, se vuelven locos despues de un banquete, los locos en iguales circunstancias, por la misma razon que lo somos, debemos aparecer cuerdos.

Se abre la sesion.

III.

—Pido la palabra.

—Concedida.

—He sido amado.

—Probadlo.

—Yo fuí banquero; mis carruajes eran los mas brillantes, mis troncos de caballos los mas soberbios, mis palacios los mas suntuosos. Yo era inmensamente rico.

Vi una mujer; verdad es que su boca y labios recogíanse con bastante fuerza, y era aguileño el perfil de su nariz; pero tiene un talle admirable, unos ojos...

—Fuera descripciones, á la cuestion.

CUELLO CON GUARNICION RIZADA.

—Era hermosa; la declaré mi amor, me correspondió con el suyo. Despues yo empobrecí... La ingrata me abandonó!

—Eso no era amor.

—Porqué? cuando tantas veces he oido de sus labios esa palabra mágica?

—No iba dirigida á tí sino á tus riquezas. Con el oro desapareció el cariño. ¿Se desecha ese amor?

Todos á una voz:

—Si.

El orador con sus consortes se separan de la mesa.

En honor á la verdad dejaron vacios un considerable número de asientos!

IV.

Otro loco usó de la palabra.

SACO DE VIAJE PARA SEÑORA.

—Yo era jóven; á pesar de mi pobreza, mis correctas facciones, mi apuesto continente y elegantes modales, *me conquistaron el amor de una mujer* jóven, hermosa y rica. Al verme, su mirada languidecia, su alma confundiase en mi alma, y bajo las frescas arboledas de sus jardines resbalaba mi vida en un contínuo éxtasis...

(La voz del orador se apaga, mientras una lágrima pugna por desprenderse de su pupila.)

—Seguid, grita la voz del presidente.

—Una enfermedad mortal dobló mi talle, robó mi blonda cabellera y desfiguró mis facciones. Entibióse el amor de la pérfida y por fin me despreció. He sido aborrecido pero antes fuí amado!

—Amado lo mismo que yo, replicó el ex-banquero.

—¿Te atreves á comparar mis amores con los tuyos?

—Y porqué no? La forma es diferente, pero la esencia la misma. No te amaban á ti sino á tu belleza, como no me amaban á mí, sino á mi dinero. La hermosura y la riqueza se evaporaron, quedándonos nuestro cuerpo y nuestra alma; y sin embargo, tras esas dos cualidades desapareció el amor de aquellas mujeres.—Es porque las cualidades eran amadas nó nosotros!

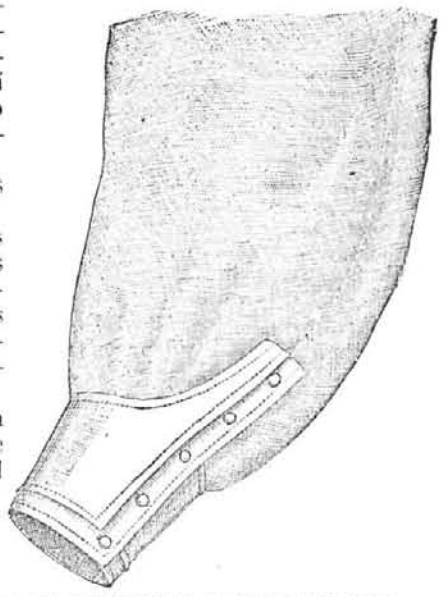
—Es verdad!

—Aunque no hubiéramos perdido la hermosura y la riqueza, mañana si ellas hubieran encontrado otro mas bello ó mas rico, nos hubiesen abandonado, porque así daban un paso mas hácia su ideal.

—La lógica es inflexible!

—Por eso los locos la usamos pocas veces; pero en esas pocas sacamos al menos consecuencias legítimas.

—Se desecha el amor que se dicute? Dice el presidente.



MANGA QUE CORRESPONDE AL CUELLO DE LIENZO.

—Desechado, contesta aquel jurado *inflexible*.

—El ex-bello y los de su especie se retirarán de la mesa.

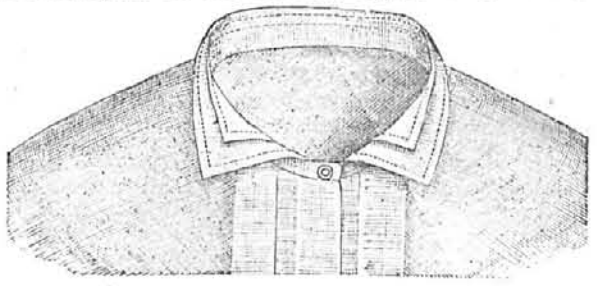
Escasos eran los asientos que ocupados quedaron.

V.

Levantóse un tercero y habló.

—Yo no era rico ni hermoso; pero investigué los arcanos del saber, estudié el corazon humano, vislumbré la esencia divina, y estos conocimientos diéronme una fuerza de voluntad suficiente para dominar mis pasiones y practicar la virtud.

Una mujer sábia y virtuosa me admiró; la admiracion engendró el cariño, su ciencia comprendió mi ciencia, su virtud mi virtud: éramos dos ángeles que nos unimos para consolarnos en nuestra peregrinacion sobre la tierra. Pero despues bajó á mi alma la terrible duda, y mas tarde el frio descreimiento marchitó y deshizo la flor de la caridad que se arraigaba en mi corazon. Aquel ser que tanto me queria trocó su amor en desprecio. Ella verdaderamente me amaba; mia fué la culpa si perdí su amor!



CUELLO DE LIENZO.

—¿No hay quién contradiga? preguntó el presidente.

(El silencio de la concurrencia parecia indicar se habia encontrado por fin lo que se buscaba.)

El presidenre insistió.

—Se dá por aprobado este amor?

—No.

Todas las cabezas se volvieron hácia el que habia pronunciddo al parecer tal blasfemia.

Era el ex-bello.

— Si desechado habeis, dijo, el amor que antes os he defendido, ¿porqué aprobar ahora este? Qué títulos nos pre-

TRAJE PARA NIÑA DE 3 Á 4 AÑOS.

© Biblioteca Nacional de España

senta? Una mujer de ciencia y de virtud que ve esas dos cualidades en un alma y las adora?

Mañana vereis un santo sobre un retablo, y os inclinareis ante el retablo.

Quitad de él la sacra efigie y ponedla en otro.

¡Qué pensariais si el primer retablo os dijera: «Ayer me adorábais á mi!»

Le contestariais sonriendo: «yo adoraba al santo que en ti habia.»

Ahora bien, ese retablo es el hombre que dice: «he sido amado,» cuando no lo fué su espíritu ni aun su materia, no lo fué su *yo*...

(Una voz.)—Cuidado con la filosofía alemana.

El orador prosigue.

—No lo fué su *yo*, sino ciertas cualidades que aunque metafísicas, pueden como las materiales ir y venir, y por consiguiente no forman parte intrinseca y *necesaria* de una personalidad.

A esta cuestion puede aplicarse lo que antes se ha dicho.

(*Se continuará.*)

REMITIDO.

Sr. Director de La Moda.

Muy Sr. mio: Cuento desde luego con la amabilidad y fina deferencia de V., para que se sirva mandar *insertar en las columnas de su distinguido* periódico, el que es adjunto brevísimo comunicado.

Anticipa á V. las gracias su af.mo S. S. Q. B. S. M.

Mateo de Zamora.

Acabo de recibir, hoy mismo, el n.º 24 de *La Moda*, despues de haber llegado á mi poder el número 25: y esta es la única razon porqué no he podido antes hacerme cargo *de la solucion* (inserta en aquel), *relativa al problema de ajedrez n.º* 21, *compuesto por D. L.*—Como me lo sospeché desde su origen, el mencionado problema, tal como se presenta al público en *La Moda* (tambien n.º 21) es defectuoso, y carece *por ahora* de solucion plausible. En apoyo de lo que afirmo, examinense con alguna detencion las cuatro jugadas de ataque y las tres de defensa que ofrece el mismo autor en el número 24, como garantía de sólida é inapelable solucion, y se descubrirá, que la 1.ª y 2.ª jugada, á no dudarlo, guardan perfecta consonancia con la posicion del supuesto problema; pero en cambio, *la* 3.ª *y* 4.ª *de ataque, así como la* 3.ª *de defensa, sobre todo*, no solo no reunen esa condicion esencial, sí que tambien aparenta con ellas el autor querer chocar de frente, hasta con el sentido comun de los meros aficionados á este sublime aunque dificilísimo juego, que se titula Ajedrez; *á no ser*, y téngase esto muy en cuenta, (lo cual será lo mas probable) *que la situacion de las piezas se encuentre equivocada*; pero aun así, mereceria el asunto una rectificacion cuando menos concienzuda por parte del autor.—Se repite de V. atento S. S.—Mateo de Zamora.—Almeria 26 de junio.

PALETOT LUIS XIII.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

—¡Oh, si! yo os lo ruego; dijo la jóven con tono suplicante.

El doctor entonces continuó bajando la voz:

—Su infeliz padre fué fusilado la misma noche que le prendieron, ante los muros de la casa de ayuntamiento, de donde su hijo le habia libertado.

Un ahogado gemido se escapó del pecho de Bella.

—Y no es esa la única nueva triste que tengo que comunicarle.

—¡Dios mio! Su madre, su hermana... murmuró la jóven con terror.

M. Darings *dió un paso hácia la* cabaña, cerró cuidadosamente la puerta, y sentándose junto á Bella y su padre prosiguió:

—Tened valor, y os revelaré cuanto he descubierto: he ido por segunda vez esta mañana á Bergues, y *ahora lo sé todo. Nuestro enfermo* es el mas desgraciado de los hombres. Necesario era atravesar tiempos tan terribles como estos que alcanzamos, para que la fatalidad se ensañase tanto contra una criatura.

—¡*Pobre jóven!*

—Por órden de Lebon, continuó el médico, su castillo ha sido incendiado, sus bienes confiscados, y aprisionadas su madre y su hermana. A la hora esta Dios se ha servido retirar á las dos de este mundo.

—¡Ah! *su madre, su hermana*... ¿y él, él, que queda solo sobre la tierra para llorar cuanto le fué querido? repuso Bella sollozando.

—Vamos por favor por nuestro mismo enfermo, dominad vuestra emocion, hija mia: os he confiado estas noticias dolorosas lo primero para que me ayudeis á preparar á M. de Milval. Cuando por ejemplo veais que se alarma por la suerte de su madre y de su hermana, en vez de consolarle haciéndole concebir esperanzas lisonjeras, es *preciso que os alarmeis con él aguardándolo todo de la* suerte.

—¡Imposible! no podré destrozar tan cruelmente su corazon.

—En hora buena, repuso el médico contrariado. Trataré de llenar yo solo mi penosa tarea; seguid con M. de Milval como si nada supiérais, yo vendré mañana y empezaré *por anunciarle la muerte de su padre: él casi la* espera, y no le producirá violenta impresion.

—¡Por piedad! aguardad algunos dias, repuso la jóven.

—Ya veremos; eso dependerá de su estado: mi segunda razon para participaros cuanto ocurre, era que antes que ignorábamos quién era el herido, y aun despues al saber su nombre, podiamos creer que os indemnizaria *vuestros sacrificios; pero ahora sabemos que es pobre*, y vuestros cuidados no obtendrán otra recompensa que la bendicion divina.

—Eso nos basta, repuso el ciego.

—Así lo creo; pero con el tiempo la carga pudiera seros pesada; si esto sucede, no me lo oculteis, y yo os *ayudaré en vuestra buena obra hasta* encontrar otro refugio á M. de Milval.

—¡Sacarle de aquí! ¡Oh! no lo hagais, señor; nadie le cuidará como nosotros.

—Eso es verdad, hija mia, en ninguna parte estará mejor *cuidado; pero sois pobres.*

—Escuchad, señor doctor, repuso lentamente el anciano, somos pobres, es verdad, pero no tanto que tengamos que renunciar al cumplimiento de una obra de caridad. M. de Milval está bajo mi techo, y mientras necesite permanecer aquí, nada le faltará.

—Teneis un corazon excelente, repuso conmovido el doctor estrechando la mano del anciano; pues bien, no hableis nada al enfermo, yo volveré mañana y veré lo que se puede hacer: la tarde está ya avanzada. Yo no puedo perder tiempo para volver á casa. Hasta mañana, amigos mios, y se alejó pronunciadas estas palabras.

Bella se arrojó en brazos de su padre y lloró amargamente sobre su seno.

CORPIÑO CON CINTURON (VISTO POR DETRÁS).

CORPIÑO CON CINTURON (VISTO POR DELANTE).

© Biblioteca Nacional de España

El disco del sol iba ocultándose totalmente en el mar, y la sombra envolviendo la parte inferior de las dunas.

—Entremos, hija mia, y enciende luz, murmuró el ciego. El aire es ya húmedo y frio.

Bella condujo á su padre á la cabaña, se adelantó á los escalones y escuchó su respiracion.

—Duerme tranquilo, murmuró.

Mientras encendia luz, el anciano, que habia ocupado ya su sitio habitual, tejia su malla. Bella, sentada á su lado, se dispuso á coser en un pedazo de tela nueva; pero sus pensamientos debian estar lejos de su labor, porque su aguja permanecia inmóvil entre sus dedos, y sus ojos aparecian velados de lágrimas.

Un silencio profundo reinaba en la estancia, interrumpido solo por el ruido monótono de la péndola.

La puerta de la estancia del enfermo permanecia entreabierta para permitir que se renovase el aire, dejando toda aquella parte en la oscuridad la pequeña lámpara que tenia Bella cerca de su lado.

El jóven herido estaba despierto, y su mirada se clavó naturalmente en la rendija de luz que penetraba en su estancia, distinguiendo por ella el rostro candoroso de la jóven. Le habia dado esta tantas pruebas de amistad y ternura desde que se hallaba en aquella casa, que al ver lágrimas en sus ojos, el enfermo no dudó que aquellas lágrimas corrian por su triste suerte. Su corazon estaba henchido de gratitud ante aquella sencilla pescadora que lloraba en el silencio de la noche las desgracias de un hombre que le era completamente extraño.

En aquel instante un gemido se escapó del pecho de Bella.

M. de Milval escuchó entonces el siguiente diálogo:

—Me habias prometido tener valor, y lloras; ¿porqué lloras, hija mia?

—¡Ah, padre! Ese pobre M. de Milval me da mucha pena. ¡Dios haga que tenga valor para sufrir cuanto le espera.

El anciano se acercó mas á la jóven y murmuró:

—Vamos, hija mia, suspende tu labor, y como de costumbre, demos principio á la lectura.

—Esta noche estoy poco dispuesta, padre.

—Eso te distraerá; elige un capítulo que sea agradable.

—¿Cuál, padre?

—El de Tobias, por ejemplo.

—Es una historia tan larga, padre. Ya va siendo hora de recogeros: leeré mas bien la del paciente Job.

—De ningun modo; esa historia turba tu reposo; lee mas bien la de Daniel en la cueva de los leones.

Bella buscó en el libro la historia indicada y empezó su lectura.

El enfermo se sorprendió y no poco de hallar en aquella humilde choza quien supiera leer, y mas aun, del sentido con el cual la jóven leia, variando las inflexiones de su voz y dando vida y color á su relato. Tanto le impresionó aquella lectura, que olvidó por un momento sus males y sus desgracias.

Cuando terminó el capítulo de Daniel en la cueva de los leones, Bella quiso persuadir á su padre á que se recogiese, porque habia pasado ya su hora habitual.

—Déjame velar algo mas contigo: la tia Clara no vendrá hasta media noche á reemplazarte, y vas á permanecer mucho tiempo sola con tus pensamientos; léeme alguna otra cosa.

La jóven cogió de nuevo el libro y abrió á la casualidad, leyendo la siguiente historia:

«En aquel tiempo un doctor de la ley se levantó y dijo:—Maestro, ¿qué es preciso que yo haga para poseer la vida eterna? Jesus le respondió:—¿Qué manda la ley que vos leeis?—Amareis al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazon, y á vuestro prójimo como á vos mismo. Jesus le dijo:—Habeis respondido bien; haced eso y vivireis. Pero aquel hombre, queriendo aparecer extremadamente justo, prosiguió:—Y ¿quien es mi prójimo? Jesus, tomando la palabra, repuso:—Un hombre que bajaba de Jerusalen á Jericó, cayó en manos de unos ladrones que le robaron, le llenaron de heridas y le dejaron medio muerto. Sucedió que un sacerdote pasó de largo; un levita que llegó cerca de él, miróle y pasó adelante; pero un samaritano que iba de camino se le acercó, vióle herido y tuvo compasion de él, le curó sus heridas, echando en ellas vino y aceite, y colocándole sobre su bestia, le condujo á una venta y le tomó á su cargo. Al dia siguiente, antes de marchar, sacó dos denarios, los dió al mesonero y dijo: «Cuidadme á este hombre, y lo que gastares de mas te lo pagaré á mi regreso.»—Ahora bien: cual de esos tres hombres os parece que fué prójimo de aquel que cayó entre las manos de los ladrones? El doctor respondió:—Aquel que ejerció misericordia con él.—Anda pues, le dijo Jesus, y haz tú lo mismo.»

Hubo un instante de silencio despues de esta lectura; el enfermo estaba profundamente conmovido, mirando con reconocimiento á aquellas gentes sencillas que habian llenado con él tan generosamente el mandato de caridad para con el prójimo.

—¿No es verdad, padre, que no se debe reparar en algunos sacrificios cuando Dios nos manda la ocasion de imitar al buen samaritano? vos hareis comprender al médico que M. de Milval no nos es gravoso, y que puede permanecer aquí hasta que esté enteramente curado: yo trabajaré un poco mas en mi labor, iré tambien á la pesca, y de este modo no echaremos de ver que hay una persona mas en casa.

—Esa ha sido mi intencion, Bella, murmuró el ciego; aunque necesitara estar seis meces, no seria yo quien le hablara de partir.

—¡Ah! ¡qué recompensa para nosotros, padre, saber que con eso agradamos á Dios! Ahora á recogeros: la tia Clara no tardará en venir; venid, y ante todo dadme vuestra bendicion: estoy delante de vos.

M. de Milval vió inclinar a la jóven profundamente la cabeza ante su padre, escuchó al ciego pronunciar su solemne bendicion, y le vió hacer el signo de la cruz sobre la frente pura de Bella: al contemplar aquellas demostraciones y el beso de ternura que cambiaron con espontaneidad el anciano y la niña, dos lágrimas humedecieron los ojos del herido.

La puerta se abrió, la tia Clara entró de puntillas, y la jóven la hizo seña de que el enfermo dormia.

—Está bien, dijo la anciana á media voz; no turbaré su sueño. Ahora acostaos los dos, que José vendrá á reemplazarme á mi al rayar el alba.

Despues de haber dado gracias á su hermana, el ciego desapareció entre las cortinas de su alcoba, y Bella subió al granero, su dormitorio provisional.

La tia Clara se colocó junto á la luz y se puso á tejer en silencio una gran media, que no podia ser destinada mas que á José.

VI.

El enfermo se habia levantado.

José, como un servidor vigilante, le habia ayudado á vestirse, y queria sostenerle para bajar los escalones que comunicaban con la otra pieza.

—Os doy gracias, amigo mio, repuso el convaleciente, por vuestra extremada bondad; pero no os incomodeis; me siento con fuerza bastante para bajar solo.

—Es posible, señor, replicó el pescador; pero he prometido á mi prima velar por vos, y si diérais, aunque no fuera mas que un tropezon, yo no me lo perdonaria nunca.

El jóven entonces se dejó tomar por el brazo, y José, sosteniéndole con una solicitud casi paternal y ayudándole á bajar, repuso:

—Vuestro enfermero tiene las manos algo ásperas: ya se vé, están mas acostumbradas á manejar un cable que un enfermo; pero como dice el adagio, quien da lo que tiene hace lo que puede.

El herido dió algunos pasos y tomó con emocion la mano del ciego que trabajaba en su red.

—Amigo mio, exclamó, no sé cómo recompensaros vuestra generosa hospitalidad; aunque pudiera indemnizaros por vuestros sacrificios, jamás podria pagar el dulce afecto que todos me consagran: cualquiera que sea la suerte que el cielo me depare, nunca olvidaré esta mansion ni los generosos corazones que en ella habitan.

—En verdad, señor, que estimais en mucho lo poco que hemos podido hacer por vos, repuso el anciano; vuestra pronta curacion es la única recompensa que apetecemos.

José, que temia quizá que el enfermo se fatigase si permanecia mucho tiempo de pié, interrumpió la conversacion y condujo al jóven cerca del hogar, donde habia una silla con almohadon blanco.

—¡Cuantas atenciones! no tengo necesidad de almohadon.

—Es Bella quien os le ha puesto, replicó el pescador.

Y como si estas palabras encerrasen una órden sin réplica, el convaleciente se sentó sumiéndose en breve en profundas reflexiones, mientras José le contemplaba en silencio.

M. de Milval era un jóven agraciado, y tenia en su elevada estatura, en sus facciones regulares, en su desembarazado ademan, algo de noble y majestuoso que realzaba la palidez de sus megillas y la expresion melancólica de sus miradas.

Su camisa era de finísima holanda, y la tia Clara habia empleado toda su habilidad de excelente lavandera para blanquearla; su cabeza estaba aun envuelta en los vendajes, su brazo izquierdo descansaba en un pañuelo negro, todo su traje era negro tambien, y contribuia á dar cierta severidad á su figura.

Al cabo de un prolongado silencio dejó vagar sus ojos por todo el cuarto, y como José se levantase preguntándole qué deseaba, repuso:

—Nada, amigo mio, buscaba á la jóven que me ha cuidado con tanto esmero en mi enfermedad.

—Bella ha ido á la pesca, repuso José.

—Sí, murmuró el jóven como hablándose á si mismo: lo sé desde anoche, ¡pobre niña! ha ido á trabajar para mí. Parece que hace un hermoso dia.

—El cielo está despejado y sereno, señor.

—¿Y Bella está en la playa?

—Sí, señor, á orillas del mar.

—¿El mar está lejos de aquí?

—Tres ó cuatro tiros de flecha.

—Perdonad, amigo mio, si os causo mucha molestia; pero os agradeceria que me indicáseis por dónde está la playa: quiero ver el mar.

—¿Lo oís, padre Stock? el señor quisiera ir á la playa.

—Seria acaso una imprudencia: es el primer dia que os levantais, repuso el anciano.

—No tengais cuidado; estoy fuerte y el dia muy templado. Me hará provecho un paseo al aire libre, y además mi excelente enfermero me acompañará.

—Haced vuestra voluntad. En efecto, el aire del mar es sano y suele fortificar á los enfermos.

—Pero el señor no tiene sombrero, murmuró José. Yo no me atrevo á ofrecerle mi gorro de lana...pero el sol en la cabeza..

—Tirad del cajon inferior de esa cómoda, José, y encontrareis el sombrero de paja del tio Luis que le podrá servir.

El sombrero de paja que el pescador sacó de la cómoda parecia nuevo. José se le puso en la cabeza al convaleciente, y mirándole con asombro é interés, repuso:

—No os enfadeis porque os compare á gente de nuestra clase; pero no sé qué encuentro en vuestra fisonomía que me recuerda la del tio Luis; así creo ver un aire de familia.

—¡Es singular! murmuró el jóven meditabundo. A mí la jóven que me ha cuidado me recordaba mi hermana, hasta en el nombre.

Y como si estas palabras despertasen en él puros recuerdos, se encaminó hácia la puerta y dijo:

—Partamos, amigo mio; tengo necesidad de aire.

José le tomó por el brazo conduciéndole hácia la playa por el sendero que serpenteaba por entre las dunas. Cuando hubieron andado un buen espacio, el jóven murmuró:

—Qué desierto está todo esto. ¿No hay habitantes en esta comarca?

—Pocos, señor; en un radio de media legua viven seis ó siete familias, unas veinte ó treinta personas; pero allí, pasada aquella montaña alta que llamamos Persenhill, habitan mas de veinte familias de pescadores: á eso le llamamos la aldea de San José.

—¿Y está allí vuestra iglesia?

—No, señor; media legua mas allá se encuentra Adinkerke, donde está nuestra parroquia.

—¿Y los pescadores sois buenos cristianos?

—Ya se vé, señor; haga el tiempo que haga y por lejos que se encuentre en el mar, un pescador flamenco no deja de volver á su casa el sábado, para cumplir con sus deberes el domingo.

El jóven guardó silencio un instante, y despues exclamó:

—José, porque creo que os llamais José, ¿porqué decis padre al anciano ciego si no sois hermano de Bella?

—Soy su primo. La tia Clara, la buena anciana que ha velado junto á vuestro lecho, es hermana del padre Stock: yo he estado casado con su hija, una mujer que era la bondad misma, y á quien yo he amado como ama un padre á su hija. Dios me la llevó harto pronto...pero no me gusta hablar de esto; siento una cosa en la garganta, como si me apretaran un nudo...¡Ah! ¡es triste quedarse solo en el mundo! Si yo no tuviera á la tia Clara, no sé para quién habia de trabajar.

—Prodriais volver á casaros

—No, señor; aquí se casan de mozos; en cuanto el hijo de un pescador ha reunido su avío, es decir, provision suficiente de redes, su padre le ayuda á construir una choza y á labrar un pedazo de tierra, y elige esposa entre las muchachas de la comarca. He oido decir que en las ciudades las muchachas suelen casarse con maridos que no son mozos, pero que tienen dinero; entre pescadores todos tienen la misma fortuna. Quien se parece se merece; esta es nuestra regla; si no fuera así, ya sabria yo con quién casarme...pero es una locura pensar en eso...Ved, ya nos acercamos á la playa; allí, entre aquellas dos dunas, una mancha verde que se ve...es el mar; dentro de algunos minutos encontraremos un sitio á propósito para descansar, y desde el cual podreis contemplar el mar en una gran extension.

En efecto, en breve el convaleciente se sentaba al borde de la última duna, mirando con sorpresa la escena imponente que se descubria ante sus ojos. Contempló largo rato en silencio la impenetrable profundidad de aquel horizonte terminado por el mar, que como un precipicio sin fondo expresaba de un modo sensible la idea de lo infinito. Observó los cambiantes de la luz destacarse, primero en un cielo azul, despues en un verde claro, y por último, cerca de la playa, en un amarillo suave y agradable á la vista. Aquellos juegos de la luz en la superficie de las aguas, formaban zonas y rayas dilatadísimas, porque donde quiera que el espectador dirigia sus miradas, encontraba la misma perspectiva, la misma refraccion.

La playa, cuando estaba baja la marea, se extendia al pié de las dunas como un segundo mar; el calor del sol hacia evaporar la humedad de la arena, y la atmósfera en aquella llanura era trasparente y limpia como el cristal.

(*Se continuará*)

CÉSAR DE VERMONT.

NOVELA ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

—Diantre! exclamó al examinar su chacó, atravesado por una bala española; con una pulgada mas abajo estaria yo libre del cuidado de averiguar donde pasaré la noche; ¿y quién sabe si esto hubiera valido mas? Sin embargo, volveria á ver de muy buena gana á mi madre y á mi hermana Eloisa, que debe ser ya hoy una encantadora jóven de diez y ocho años, porque tenia quince cuando hace ya tres pasé por Paris.

Así se entregó á sus pensamientos, que le llevaran al lado de su madre y de su hermana, que habitaban en las cercanias de Paris, llevando una vida modesta y tranquila. Su padre habia muerto en la batalla de Marengo siendo coronel. César sabia cuan tiernamente amado era de su madre, quien acariciaba la esperanza de verlo volver un dia con un nombre glorioso, y que deseaba ardientemente que la paz le devolviese por fin aquel tan querido hijo.

—¡Vamos, vamos! se dijo á sí propio volviéndose á poner rápidamente el chacó; muy dulces pensamientos son

© Biblioteca Nacional de España

estos para un soldado cogido en una ratonera, como yo lo estoy, y acabarian por hacerme perder el valor que me queda! Moncey triunfará, y....Entonces interrumpió sus meditaciones, levantándose precipitadamente para poder escuchar mejor. El fuego habia disminuido, y se oian distintamente los toques de las trompetas, que César conocia demasiado bien para poder abrigar duda alguna *en este punto; era la señal de retirada. Los franceses* habian sido, por tanto, rechazados por segunda vez. ¿Se propondria, acaso el mariscal aventurar un nuevo ataque?

De repente oyó á lo lejos gritos de alegria, pero no eran los gritos de triunfo de los soldados franceses. Los españoles situados en las inmediaciones comenzaron tambien á gritar por su parte; lejos y cerca resonó muy luego en los huertos y jardines la palabra: «Victoria!» Aquel grito oprimia el corazon del desgraciado oficial. Todo estaba perdido para él, Moncey habia tenido que ceder.

Las voces se oian cada vez mas cercanas, multitud de gentes corrian gritando: «Victoria! los gabachos han sido batidos! Valencia se ha salvado. A ellos! Persigámoslos! que no quede vivo uno solo!» Oiase al mismo tiempo el galopar de los caballos y se distinguian voces de mando; la persecucion se organizaba. No quedaba duda, por mas que César se resistiese á creerlo, los franceses habian sido derrotados.

Aquella triste realidad conmovió hasta tal punto al jóven oficial, que durante algunos momentos olvidó cuanto antes le preocupaba. Allí permanecia inmóvil, con los puños cerrados, y lanzando profundos suspiros. En fin, al ver que las voces se aproximaban gritando: « enguemos á Madrid, no haya cuartel, no haya piedad, comprendió que le era forzoso pensar en sí mismo.

—Ahora, se dijo á sí propio asiendo sus pistolas, vendamos cara nuestra vida, que vengan; los espero. Moriré aqui como tantos otros han muerto.

Sentóse en un banco debajo del emparrado, y ciertamente no habria retrocedido aunque se hubiera visto acometer por una tropa de españoles; el sentimiento de la venganza lo dominaba exclusivamente. Poco despues comenzó á pensar que los habitantes de aquella casa, que él creia abandonada, iban tal vez á volver. ¿Cómo podria entonces permanecer oculto? ¿Cómo esperar á que llegase la noche? y aun entonces, ¿cómo escalar la tapia?

De repente oyó un ruido confuso, miró y vió abrirse la puerta de la casa. Su primer movimiento fué montar sus pistolas; pero ¡cuál fué su admiracion al ver que por aquella puerta salia una dama! Estaba pálida, su aspecto era severo, vestia rigoroso luto. Las facciones de su jóven rostro expresaban un gran decaimiento, una profunda tristeza. Absorto al contemplar la belleza de la dama y la expresion de su fisonomia, conmovido además por las circunstancias que le rodeaban en aquel azaroso momento, César no podia apartar los ojos de aquella aparicion, y su corazon palpitaba con violencia.

Llevaba *ella un sencillo vestido de seda á la moda* española, sin adorno, sin mantilla y sin velo. Su abundante cabello de color castaño estaba sujeto con una cinta negra, y otra cinta de igual color, de la cual pendia una cruecita, rodeaba su cuello.— Su mirada era melancólica, y sus negros ojos parecian velados por la tristeza, su lento paso descubria una notable actitud de distincion y de encanto. Acórcose á un magnífico naranjo situado cerca de la tápia.

Mil pensamientos cruzaban por la mente de César desde la aparicion de la dama. La casa se hallaba pues habitada;—pero por quién? El número de habitantes no podia ser muy considerable, porque de otro modo algun movimiento se habria hecho notar; y las ventanas no estarian cerradas de aquella manera. Quizá no habria mas que mujeres; pero esto no era posible. ¿Cómo hubieran quedado solas en una habitacion tan expuesta á los mas espantosos desórdenes, y acaso á ser destruida en un ataque de los franceses? César comenzaba á pensar en hacer una tentativa. Tal vez con un poco de audacia y de suerte lograria despertar la compasion en un corazon de mujer, hasta el punto de hacer que protejiese su fuga. No era ciertamente su ánimo el de mendigar su vida; su honor de soldado no se lo permitia; ¿pero no le era permitido el invocar de un corazon generoso un simple sentimiento de humanidad, toda vez que él pòdia conservar á la patria y al emperador un valiente soldado? Aquella dama, no solo le inspiraba respeto, sino hasta confianza. Si su corazon era tan noble como su rostro, no dejaria de sentir lástima hácia un desgraciado que ningun socorro podia esperar. Ya comenzaba á adelantarse hácia la jóven, cuando llegaron hasta él voces cercanas de hombres. Púsose á escuchar con atencion, y oyó lo siguiente.

—Estoy seguro de que no ha muerto, decia un español. «*Los he contado todos; han caido veinte*, los otros se han escapado. Su caballo está allí tendido, faltan sus pistolas, y ningun rastro se encuentra de el, debe estar escondido en algun jardin; quizá en este. Sin embargo, la tápia es bien alta, y es difícil que haya saltado por esta parte. Pero hé aqui una dama. ¡Buenos dias, señora! Viva España: viva Fernando 7.º!

La jóven dirijió la vista al que le hablaba, y le saludó por via de respuesta con un leve movimiento de cabeza.

—¡Perdone V., señora! gritó el español asomándose por cima de la tápia, ¿no ha visto V. por aquí á uno de esos malditos *gabachos*, un húsar? Hemos muerto su caballo, pero él ha debido escaparse.

—Habla con toda política á esta dama, dijo otro, yo la conozco; es Doña Ana de Gomez, de la Sierra de Chiva, persona muy noble y muy digna de estimacion.

—Muchos perdones, señora, replicó el primero, es que todavia estamos acalorados del combate. Oh! qué dia! Pero Valencia se ha salvado, y los *gabachos* han sido rechazados á pesar de sus cañones y de sus regimientos.

—Así pues, Valencia es libre? preguntó la dama con cierta animacion.

—Sí; los franceses se han retirado despues de haber perdido millares de hombres, respondió triunfante el otro. Los valientes de Valencia, de la Huerta y los de la montaña, se han batido como los caballeros del Cid Campeador. ¿No lo sabia V., señora?

—Sí, amigos mios, replicó Doña Ana. La hermana de

PERDONE USTED, SEÑORA, ¿NO HA VISTO POR AQUÍ A UNO DE ESOS MALDITOS GABACHOS; UN HÚSAR?

mi padre vive en esta casa, y en este momento se encuentra próxima á morir. Todos los criados que pueden manejar las armas han ido á defender la ciudad; los ancianos y las mujeres los han seguido por miedo: pero yo no he abandonado á mi tia, porque no debia abandonarla. He oido desde aqui el ruido del combate, y he rogado por los españoles, por mi hermano y mis *parientes que peleaban con vosotros; pero no sabia el* resultado. Alabemos á Dios! En cuanto al francés de que me hablais, no le he visto, aunque me he asomado á la ventana diferentes veces para mirar hácia la parte de Valencia. Solo he dejado la casa para cojer algunas naranjas, á fin de hacer con ellas una bebida refrigerante destinada á mi pobre enferma, cuyos últimos momentos me atreveria á rogaros turbáseis lo menos que os fuera posible. Los tiros que han resonado en las inmediaciones la han llenado de terror. Sin embargo, si deseais registrar el jardin, voy á abrir la puerta.

—Nó, nó señora! Paz á los moribundos, dijo el español. El frances no está probablemente en este jardin; sin embargo, hágalo buscar cuando hayan vuelto las gentes de la casa. Donde quiera que esté no se nos escapará. Buenos dias, señora! Vamos á quedarnos aquí hasta que haya V. salido del jardin y cerrado la puerta.

A estas últimas palabras del español, César, que mientras hablaba la dama habia ya formado su plan de salvacion, apretó los puños de rábia, murmuró una maldicion; porque si se cerraba la puerta, si los criados volvian, qué seria de él?

Pero por fortuna su buena suerte de soldado no le abandonaba todavia. Un francés! un *gabacho*! se oyó gritar *á alguna distancia de allí.*

Es él! es él! digeron los españoles que estaban hablando con la dama, y se alejaron dando grandes gritos.

Desgraciado de aquel á quien encuentren! dijo para sí César pensando en el pobre camarada que sin duda como él, andaba errante por aquellos jardines. Vamos, no hay que vacilar, y suceda lo que quiera! y bien resuelto se dirigió hácia la puerta que estaba abierta. Doña Ana, que estaba vuelta de espalda, no podia verle. De este modo pudo aquel penetrar en una pieza baja, *que servia para custodiar los instrumentos de jardineria*, y allí esperó que la dama entrase.

Llegó esta al cabo de algunos minutos. Bien agena de aquel encuentro, dió un grito y retrocedió al ver delante de sí al jóven oficial.

—¡Virgen Santa! esclamó, dejando casi escapar de su brazo el cesto.

César le tomó la mano, y luego dobló una rodilla. No se trataba de hacer un papel de comedia, sino de buscar aquellas palabras adecuadas á la gravedad de las circunstancias, y emplear todos los medios que le permitieran su honor y su conciencia, á fin de conmover el corazon de la jóven española.

—Señora, dijo entonces descubriéndose respetuosamente, os ruego que perdoneis si me atrevo á causaros este susto; una dura necesidad me fuerza á ello; mi vida está en vuestras manos. Yo soy ese de quien hablaban hace poco aquellos hombres. Perseguido, acosado, he tenido que buscar un refugio en vuestro jardin; no porque temia la muerte, sino porque es deber mio conservar mi vida en cuanto me sea posible. Ya lo habeis oido; Valencia es libre. Nuestros soldados, acostumbrados á la victoria, han tenido que ceder ante el esfuerzo de los valencianos. Esto debe bastar á satisfaceros; pero cuando el triunfo se ha declarado en favor de los vuestros, ¿podriais, como aquellos hombres, *pedir todavía la* muerte de un oficial aislado, que busca un refugio? Eso no es posible! Yo os confio mi suerte. Sé que estais sola en esta casa; pero aunque se tratara de mi vida, yo me tendria por un infame si imaginase siquiera emplear la amenaza contra vos, á quien atormentan graves pesares.

La bella española permanecia allí pálida é inmóvil. El jóven oficial, siempre de rodillas, lleno de respeto, así en sus palabras como en su actitud, la miraba con su aire franco y abierto.

—Vacilais? prosiguió. Si, lo comprendo; sé que vuestro hermano combate al lado de los españoles, y quizá ha cruzado por vuestra mente una horrible sospecha. Imagináis que vuestro hermano haya quizá perecido, y que viene á pediros un asilo; pero sabed, señora, que mi mano está hoy pura de toda sangre. La corta fuerza que yo mandaba fué acometida, dispersa, destruida, sin haber tomado la mas mínima parte en el combate. Esto no me serviria de escusa si fueseis un hombre, un enemigo, pero sois mujer, y no os pueden ser extrañas la misericordia y la dulzura. Dadme, señora, los medios de ocultarme en esta casa hasta la noche; entonces saldré de ella. Si la suerte me hace traicion no os nombraré, y afirmaré hasta morir que he penetrado en vuestra casa sin vuestro auxilio. Si os es posible, salvad á un hombre que pone en vuestras manos su infortunio, que podrá trocarse en ventura, si al recuerdo de tan terrible jornada vá unido el de la generosidad de una noble muger.

La española permanecia siempre inmóvil; sus miradas llenas de emocion se dirigian alternativamente al jóven oficial y al jardin; su mano temblaba. Era imposible que las palabras del desgraciado francés, pronunciadas en el español mas puro, no hubiesen conmovido su corazon. César buscaba con sus ojos una respuesta en la fisonomía de Doña Ana.

—Señora, prosiguió vivamente, pero con la misma dulzura, si en este momento procuro conservar una vida, que en el tumulto de las batallas he aprendido á tener en muy poco, no es solamente por mi: tengo una pátria; tengo una madre. Señora, si un dia vuestro hermano, perseguido en un pais enemigo....Aquí se interrumpió de repente, porque á esta palabra la española se habia extremecido. Miró fijamente á César, despues retiró su mano, cubrió con ella sus ojos, y retrocedió un paso; la emocion la impedia hablar.

—Levantaos, dijo al fin volviendo el rostro; si, tengo un hermano en lejanos paises, y por amor suyo...la Virgen me perdone! Pero esa mirada!..esa voz!..Levantaos y seguidme.

La emocion de la jóven era tan viva, que César no osó decirle una sola palabra. Levantóse, y cerró la puerta del jardin.

La dama, al recuerdo de su hermano, habia en efecto caido en una especie de estupor, y César se decia á sí mismo que jamás olvidaria aquella extraña mirada,

© Biblioteca Nacional de España

llena de misterios y de inquietud, que ella le habia dirijido. Aquella mirada llevaba en sí algo de singular y de enigmático, como la súbita aprehension de una gran desventura.

En tanto la española caminaba delante de él. Al pié de la escalera ella miró detras de sí, sin atreverse sin embargo á fijar su vista, y viendo que el francés la seguia, subió la escalera, que daba á un corredor sencillo, pero espacioso.

—Esperad, dijo; vuelvo al momento. Y esto dicho, entró en una habitacion.

César se detuvo y se puso á examinar el corredor, de cuyas paredes pendian algunos cuadros viejos y descoloridos. No se le pasó siquiera por la mente la idea de una traicion por parte de la española; tenia gran confianza en su buena suerte de soldado, que le habia favorecido hasta entonces, y que sin duda le seguiria favoreciendo. Sabia además que, fuera de la jóven, no habia en toda la casa sino una persona gravemente enferma. Preguntábase solo adonde le irian á esconder. El edificio era vasto, y no dejaria de haber en él mas de un sitio secreto.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ.

En este año que corre no han esperado las calores á que asome Julio por el almanaque. En el siglo del vapor todo debe caminar con paso rápido, y hasta las estaciones han de ir mas de prisa que antes, han de acelerar su curso. Por eso las lluvias, frecuentemente reacias hasta bien entrado el invierno, se adelantaron tanto el otoño anterior, y ya las tuvimos abundantes en Setiembre. Por eso tambien á su vez Mayo, que no quiso ser menos, tomó el lugar de los últimos dias de Junio.

Los meses andan, pues, trastornados, y al paso que van, nada tendria de extraño que la ciencia astronómica viniera á decirnos dentro de poco que contábamos el tiempo mal, y que era preciso que alguna nueva correccion, como la Gregoriana, hiciese entrar en vereda al calendario.

Con estos antecedentes, se explica bien el que las familias forasteras, que vienen á Cádiz y á sus inmediaciones á pasar el estio y á tomar baños de mar, hayan llegado ya, al menos en gran parte, ayudando poderosamente á la animacion que durante esta época ofrece nuestra ciudad, la cual, para corresponder á esta amable visita, se prepara á ofrecer á sus huéspedes el mayor número de alicientes que le sea posible. Entre ellos se habrán de contar los espectáculos públicos, como teatros y toros. Diremos algo de ámbas cosas.

Hemos leido en un periódico de la plaza que parece que el Sr. Valero estaba próximo á rescindir su contrata, abandonando al Circo, no sabemos si á su suerte ó si á otra empresa. En caso de que así sea, la resolucion del Sr. Valero estará plenamente justificada; porque nacerá de la imposibilidad absoluta de luchar contra la fuerza de las circunstancias. ¿Qué hace un actor tan distinguido, cuando al frente de una buena compañía no alcanza á cubrir sus desembolsos, porque el público no corresponde? ¿Está acaso en su mano, ni en la de nadie, el atraer á este al camino del buen gusto?

No hay que hacerse ilusiones. El teatro nacional se encuentra en un período lamentable de decadencia. No se le aprecia; no se le dá apenas lugar entre los espectáculos. Tal cual autor tiene todavía abnegacion bastante para escribir; tal cual actor la tiene aun para ejecutar; pero ese que escribe y que comprende que sus producciones le han de dar escasa utilidad, si le dan alguna, vé tambien que á muy poca costa, con insignificante trabajo, tomando, copiando ó traduciendo de aquí ó de allí, pudo forjar una zarzuela de ancheta, con la que ganase muy buen dinero. La tentacion es grave, y tanto mas fácil el caer en ella cuanto que si el provecho de escribir con conciencia es poco, no lo ha de compensar por cierto la fama, toda vez que el actual gusto público no vá por ese camino, como iba otras veces.

El actor se encuentra en un caso análogo. Si estudia, si llega á ser eminente, le harán justicia una docena ó dos de aficionados al arte; pero con eso no basta para sostener una empresa.

Y preguntamos ahora nosotros: ¿es posible tener así actores? ¿Es posible remplazar los que ya faltan, y que á fé son bastantes? Se dice por la generalidad que el gusto dramático decae porque apenas quedan buenos actores. Nosotros les preguntaríamos: ¿pues porqué no vais vosotros á ver á esos pocos buenos que quedan? De ese modo fomentariais la escena pátria, y al aliciente de una noble recompensa podrian formarse actores, que de otra manera no se formarán nunca.

En cambio se está por la ópera italiana. En buen hora. Nosotros amamos todo lo que es arte; pero por eso mismo no estamos por un arte solo con perjuicio de los demás. Ningun antagonismo, ninguna incompatibilidad existe ni puede existir entre el canto de la Sra. Penco, verbigracia, y la declamacion del Sr. Valero. ¿Porqué pues los que ahora acuden á oir á aquella desdeñaban al Circo, siendo así que en el Principal no habia aun compañía lírica?

Pero hay otra cosa que está muy por encima del Circo y del Principal, es decir, de lo dramático y de lo lírico. Esta cosa es una corrida de toros, á juzgar, se entiende, por los resultados que cada cosa de estas produce relativamente.

Digamos de esto dos palabras.

Las corridas de toros de los dias de San Juan y San Pedro, han demostrado de una manera que no tiene réplica, que nosotros los antagonistas de este espectáculo estamos en completa minoría. En Cádiz y en el Puerto ha habido varias corridas, y aun algunas de ellas en la misma tarde: sin embargo, la gente ha rebosado en las plazas, y en esta ha sido forzoso impedir la entrada á centenares de personas provistas de sus billetes, cuyo importe les fué devuelto. Eso sin contar las muchas que se embanastaron como sardinas en sitio donde con alguna holgura apenas cabrian la mitad.

Hablamos bajo la fé de los periódicos, los cuales nos han referido que entre la barandilla y los sillones se colocaron, ó por mejor decir, se apiñaron, tres filas de espectadores, dando motivo á que los verdaderos dueños de aquellos asientos tuviesen que subirse sobre ellos para ver algo. La posicion no deja de ser molesta para cualquiera, que paga mas á fin de poder estar mejor; pero es casi insostenible para las señoras, que suelen preferir este sitio á causa de creerse el mas independiente y el menos expuesto á irrupciones.

Las medidas tomadas en vista de este exceso de entrada, parece que dieron resultados, en cuanto podian darlos, puesto que una de las dificultades mas graves que surgen en una plaza de toros es la de averiguar su verdadera cabida, y mucho nos inclinamos á creer que no se conoce todavía con exactitud la cabida de la de Cádiz, como la de ninguna otra. Esto consiste en que no es lo mismo caber bien que caber mal, y hay por tanto una gran diferencia en el cómputo segun el tipo de espacio que se tome por persona.

A peticion del público, se ha perdonado la vida á algunos toros así en Cádiz como en el Puerto. Eso es muy natural. En las plazas, como en el mundo, el que pega mas fuerte, el que hace mas daño, es siempre el que escapa mejor.

La compañía lírica se ha inaugurado con gran éxito, segun era de esperar. La Sra. Penco no ha hecho mas que reanudar ahora la larga serie de sus triunfos artísticos en la anterior temporada.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN GRIS-BLANCO.—La enagua está recortada en puntas largas, guarnecidas por dos rizados de tafetan verde muy vivo, que suben por las costuras de los paños. Las puntas caen sobre una falda baja verde de tafetan, orlada por un volante plegado de 5 centímetros de alto En el hueco de cada punta se halla una escarapela formada de tiras al sesgo verdes forradas de blanco, y plegadas al rededor de un boton verde. Corpiño con escote muy bajo, guarnecido con rizados verdes, y completado por draperias de muselina blanca. Mangas cortas á puntas, con mangas interiores cortas á bullones, de muselina blanca.

NIÑA DE TRES A CUATRO AÑOS.—Enágua de tafetan rosa, guarnecida con dos volantes y dos bullones de muselina. Coselete rosa con tirantes, y lazos en los hombros. Corpiño blanco montante con mangas largas.

TRAGE DE MUSELINA BLANCA.—En lo bajo de la enágua lleva un volante festoneado de negro. En cada feston un lunar blanco bordado al crochet, y con un filete negro todo al rededor. Encima del volante, nueve filas de lunares como los primeros, pero que van disminuyendo de tamaño. Corpiño formado por entredoses bordados con lunares y bullones. Mangas largas iguales al corpiño. Manteleta-chal de muselina blanca, festoneada de negro, con un lunar grande en cada feston. Sombrilla blanca, cubierta de encage negro. Sombrero de paja amarilla, bridas amarillas con filetes negros, y adormideras encarnadas con el corazon negro.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 18, POR EL SEÑOR ZAMORA.

	Blancas.	*Negras.*
1.ª	T. 4.ª R.ª jaque.	A. quita T.
2.ª	R.ª 5.ª R.ª jaque.	R. quita R.ª
3.ª	Cab. 4.ª A.R.ª	Cualquier cosa.
4.ª	Cab. ó P. mate.	

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE.

Los que actualmente sean suscritores á la *Moda Elegante* y deseen adquirir los tomos de 1861, 1862 y 1863, ya encuadernados, se los cederemos por la corta suma de **ciento sesenta reales vellon.**

Los referidos tomos contienen mas de 2.500 dibujos de labores de crochet, bordados de multitud de clases, figurines de señoras y niños, música, etc. y mas de **90 tomos de novelas** morales é instructivas, unas originales y otras traducidas.

Tambien venderemos sueltos los referidos tomos á los precios siguientes:

El respectivo	á 1861.	por 25	reales vellon.
"	á 1862.	por 100	"
"	á 1863.	por 90	"

A esta rebaja solo tienen derecho los actuales suscritores al periódico.

El importe de los pedidos podrá remitirse en sellos de correo, ó en libranzas sobre Tesorería, debiendo certificarse las que contengan sellos para evitar extravíos.

Los pedidos se dirigirán al Administrador de *La Moda Elegante*—CADIZ.

En América fijan el precio los Sres. Corresponsales.

© Biblioteca Nacional de España

Terroy Imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Paris, rue Jacob, 56.

© Biblioteca Nacional de España